



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA  
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

# EL PÁJARO DE NADIE

Elisa García Nieto



DIPLOMA 2012

# **EI PÁJARO DE NADIE**

Elisa García Nieto

## El pájaro de nadie

Estaba a punto de desvelarme lo que llevaba esperando que me contara desde hacía suficiente tiempo. Tanto como para que ya no fuera él quien mansamente pusiera en mis manos una confesión gratuita ni yo quien le arrancara las palabras, sino que simplemente se me otorgara lo que era mío y me pertenecía.

Era tarde, muy tarde. Al final me dejé vencer por el hambre acumulada y la perspectiva de una cena de hijo estudiante e insomne a rachas, y aparté el libro de mi lado. En la cocina había una cena que se presentía recalentada en el microondas, de plato dejado para más tarde pero que aguarda en su sitio de la mesa, absolutamente solo, a ser apurado sin hacer ruido porque todos están dormidos. Cenas como esa habré tenido cientos desde que empecé a estudiar la carrera. Están ahí, calladas, evidenciando un destiempo, quizá escondiendo además un tipo de reproche inconsciente por el desplante que nos coloca como segundo plato de algo.

Otros días me he saltado la cena directamente porque se me va el tiempo como si nada cuando estoy estudiando. Pero aquel día cené de madrugada y después volví a la habitación y me quedé dormido enseguida, con el libro de la biblioteca todavía abierto en el centro de la mesa.

Al día siguiente perdí la guagua, llegué tarde a clase, pedí bocadillo vegetal en la cafetería y me trajeron uno de vuelta extra, como a ti te gusta Pablete, que es lo peor que me podía pasar cuando intentaba camuflarme entre mis compañeros de la optativa. Ellos eran o decían ser todos vegetarianos y muy comprometidos con los problemas medioambientales y los derechos de los animales, y si indagabas un poco, también con los sociales y culturales y una lista sin fin de cosas más. Y vete a saber la razón, me propuse caerles bien. Nos despedimos por la tarde y se fueron a casa cada uno en su coche y yo en la guagua, porque el barrio al que yo iba no le pillaba de paso a ninguno. Tenía el libro de álgebra en la mochila por si me daba tiempo a estudiar un rato entre clase y clase, que se acercan los exámenes. No es una lectura amena pero me gusta ojear libros cuando voy a los sitios, mientras dura el trayecto. Por eso lo abrí y pasé las páginas sin mirar nada en concreto. Entonces, en una serie de ellas encontré los márgenes repletos de dibujos. Eran trazos picudos, nerviosos, que dibujaban unos pájaros extraños, como mal hechos. Me recordaron a las grullas japonesas de papel pero hechas sin lo meticuloso de aquellas.

Y esto ya había sucedido antes, con otros libros. Y no solo debía haberlos visto yo. Alguna persona había empezado a dibujar pájaros en los laterales de las páginas de los libros que usaba, o en libros elegidos al azar. Curioso, incluso una especie de aliciente cuando habías encontrado ya unos cuantos y volvías a verlos en nuevo libro, pasando de mano en mano, propagándose. Casi todos los habíamos visto, pero nadie sabía de quien eran.

Una mañana los pájaros perfilados por el grafito del ilustrador anónimo dieron el salto, y se despegaron del papel. A la entrada de la biblioteca, en las ramas que caen sobre la escultura del pensador perenne, el que está sentado en el banco y que si lo ves al caer la tarde, entre las sombras, parece la silueta de una persona de verdad, allí brotó un pájaro blanco. Prendida a una de esas ramas había una grulla de papel perfectamente acabada, firme y hermosa. Como nacida con la primavera o la cercanía del verano, si es que alguna vez han marchado. No me refiero a una cuestión de meteorología o calendario, sino a algo que tiene que ver con la cadencia sostenida del verano, que flota sobre el campus todos los días del año sin importar que el aire sea tan frío que te corte los labios.

A los pocos días había más grullas de papel entre las ramas, y comenzaron a posarse en el suelo, en la puerta, o en el libro del pensador.

Un día me fijé en que había algunas de ellas en el muro, encajadas en las juntas que el tiempo ha desgastado. Me llevé una cuando nadie miraba y se la enseñé a mi amigo en la facultad. Que ya lo sabía, me lo dijo como si nada, si lo sabe todo el mundo. Y que la dejara donde estaba, que era una especie de guiño que había empezado entre los estudiantes como empiezan tantas cosas, sin que nadie sepa quién lo ha puesto en marcha ni para qué. Me explicó que todas las grullas llevaban un mensaje escrito dentro, un pensamiento alimento de otros tantos. Él ya había puesto la suya.

En casa no pude evitar la curiosidad y desdoblé un poco la grulla. Bueno, la desplegué bastante pero intenté recordar los pasos que seguía para volver a dejarla con su imagen original. Quería tanto comprobar eso de los mensajes como aprender a hacer grullas. Y lo segundo, me di cuenta enseguida de que no iba a ser tan fácil, yo para esto siempre he sido muy manazas. Lo primero sí que sucedió. Le hurgué a la grulla en el vientre y le di la vuelta a una esquina del papel. Se leía una frase escrita a mano con bolígrafo azul. Decía: *“Contra la fortuna no vale ningún arte”*, Anónimo.

Y lo que pensé enseguida fue que tan anónimo no era, que eso lo pensaba también mi abuela. Era una de las cosas típicas que ella decía con esas u otras palabras parecidas. Una de esas cosas que yo no compartía y que no me gustaba oírle decir porque me llenaba de tristeza.

Esa idea la había conocido cuando era pequeño, esa clase de determinismo que ya no convencía a nadie pero que yo siempre relacionaba con un amigo de la infancia. Con mi amigo Charlie.

Charlie se parecía al protagonista de la serie de policías de los martes por la noche.

Dicho así da la impresión de que hablara de esta misma semana, pero me refiero a la serie de los martes de hace un par de años. Es curioso que aún recuerde el día de la emisión, cómo viene anudado al recuerdo mismo del programa quizá porque a la que te descuidas es la guía de televisión la que acaba distinguiendo unos días de otros. Y yo me descuido con facilidad. Por eso apenas me acuerdo, por ejemplo, del horario de clases que tenía en esas mismas fechas aunque lo vivía todas las semanas en primera persona.

Y ahí donde se amontonan sin que nos demos cuenta los acontecimientos pasados, los que nos contaron o nos transfirieron, los de las cosas que hay que ver porque nos unen de manera fraternal a todas esas personas que suman la colectividad, está aquella serie. Bajo oleadas de novedad televisiva.

El protagonista de la serie también se llamaba Charlie. Y también tenía un mejor amigo de toda la vida como el Charlie de verdad. En este caso el mejor amigo de toda la vida era yo. Al mirar la pantalla daba la sensación de estar a grandes rasgos delante de una versión futura del chico del pupitre de al lado, el más prometedor de dondequiera que fuera.

Charlie el policía era un hombre repleto de cualidades aunque lo que mejor le caracterizaba es que tenía una suerte providencial. Y no me refiero a una suerte fruto de la observación o la intuición, sino a una especie de pacto con el azar. No había caso ni persona que se le resistiera y es justo decir que la mayoría de las veces no había mérito en sus logros. Si acaso el mérito venía de cómo la casualidad se iba confabulando a su favor cada vez para ponerle casi en bandeja la resolución del misterio. El mundo de Charlie, si uno lo analizaba desde la distancia, a veces rayaba el absurdo o resultaba insultante hacia los otros, pero dentro de la historia todo tenía sentido. Al final de cada episodio, con la sintonía de las noticias de la radio de fondo, Charlie preparaba un desayuno

presidencial y sonreía al nuevo día con la seguridad de quien se sabe infalible y querido por la fortuna.

Pues un poco como el policía era mi amigo. Él también parecía tener la suerte de cara. No sé la razón pero cuando estabas con Charlie tenías clarísimo que era una de esas pocas personas a las que les corresponden las cosas buenas de la vida por naturaleza. Y, además, todos lo asumían así sin más. Que hay quien nace con estrella y quien nace estrellado, solía decir su madre encogiéndose de hombros, y que ese niño lo tenía todo le decían las otras a ella. Si alguna vez alguien le planteaba un problema decíamos: *“Te tienen envidia Charlie, es eso”*, y nos reíamos. Y de veras lo creíamos.

Creo que durante todo ese tiempo y, más aún, en la adolescencia, todos participamos de ese juego perverso que nos situaba siempre detrás, acomodándonos a las expectativas cortas de los secundarios.

Claro que salvo aquellas similitudes casi de caricatura con mi amigo, la vida no es como la televisión y las personas no son como los personajes. Las personas no tienen que guardar lealtad a ningún guión.

Como la mayoría, yo nunca tuve la suerte de mi amigo Charlie, que cada vez estoy más convencido de que no era tal fortuna la suya. Al final me queda la sensación de que su verdadera suerte era tanta gente a su alrededor como había, creyendo que la tenía y que le correspondía más que a nadie. Y así, acostumbrado a la facilidad, se fue dejando llevar por lo que le venía en cada momento, y lo que venía nunca lo encontraba de frente con la espada en alto porque no hacía falta, porque todo estaba bien.

A los huérfanos de esa estrella de la que hablaba su madre tampoco nos faltó, o más bien, tampoco nos faltará la suerte, pero una que se encuentra a fuerza de determinación y de pelearla cada día. Una que nadie puede arrebatarte así sin más. Esto lo tengo asumido, ¡qué otra cosa sino eso hago aquí, dibujando y redibujando lo prometedor del futuro con sudor e ímpetu, preparado para domarlo!

Por eso me ha sorprendido, incluso dolido, encontrar esa frase en la grulla de papel. Escrita por unas manos jóvenes como las mías, encerrando tanta desidia.

Al final he vuelto a doblar la grulla y ha quedado como si nunca la hubiera tocado pero no he comprendido cómo se hacen estos pájaros. He buscado en Internet un tutorial de papiroflexia para hacerlas paso a paso y me he puesto a ello. He hecho unas cuantas grullas de prueba y ya me salen sin mirar el manual. Dejaré la que tomé prestada en el mismo lugar en que la encontré, pero no la dejaré sola en la estrechez de la junta del muro con un pensamiento tan triste como aquel. Voy a contribuir al crecimiento de la colonia de pájaros de papel sumando otro ejemplar, uno alimentado también por un pensamiento prestado. Lo colocaré frente al que retiré y quedarán los dos mirándose a la cara, en una clase de desafío perpetuo.

Afilo el lápiz y aliso con la mano la parte que quedará oculta en la parte interna de las alas alzadas. Escribo de memoria:

*“Lo que haya que venir, aquí lo espero”, M. Hernández.*